



Juan Valera

Diciembre

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

Diciembre

En esta tarea me ha cabido en suerte hacer el retrato o semblanza del mes que más me gusta. Por esto mismo desespero de salir airoso. Son tantas las cosas que del mes de diciembre hay que decir, y acuden tan en tropel a la imaginación, que no hallo modo de concertarlas y prestarles forma clara y concisa para que el lector no se canse.

Basta apelar a cierta erudición de tercera o cuarta mano para poder afirmar que este mes corresponde, sobre día más o menos, al Panca de la India, al Thir de los persas, al Canun de Siria, al Audineo de Macedonia y al Poseidón de Grecia. Parece que se llama diciembre porque entre los antiguos romanos se empezaba a contar por marzo, y diciembre era el décimo mes. Pero dejémonos de bachillerías arqueológicas y vamos al canto llano.

Diciembre, para todo católico español, tiene el doble carácter de ser el primero y el último de los meses. En la sociedad civil es el último; en la Iglesia, el primero.

Se sabe de fijo que Dios creó la luz en un domingo; pero no sé yo que conste en qué domingo la creó. Supongamos, no obstante, que fue en el primer domingo de Adviento, y tendremos que, tanto el año como el Universomundo, empiezan en uno de los primeros días del mes de diciembre.

Mi suposición no es arbitraria. En el primer domingo de Adviento se anuncia en la Iglesia la venida de la verdadera luz sobrenatural. No es, pues, inverosímil que la luz natural la precediese, como prefigurándola, y que en aquel día se abriesen los siglos y empezase a correr el tiempo, manando esta *forma del mudar*, como la llaman los krausistas, del seno de la eternidad inmutable.

En diciembre hubieron de empezar el tiempo y el mundo, y en diciembre, si no me equivoco, han de terminar ambos, cerrándose el curso de los siglos con los más severos exámenes. La Iglesia, no sólo anuncia en el primer domingo de Adviento la primera alegre venida de Cristo como Salvador y como Hombre, sino también la segunda venida pavorosa, como Juez, en el día del Juicio.

Véase, pues, si el mes de diciembre no es un mes extraordinario por lo favorecido, por lo rico en sucesos, y por lo relleno de misterios.

No atinaré a decir por qué; más barrunto que este mes no fue menos glorioso y festivo entre los pueblos gentílicos de la antigüedad que lo es ahora entre los pueblos cristianos. Creo, además, que los chinos y los japoneses y otras naciones paganas del día han de darle igual importancia. Lo que me aflige es que, para probarlo y hacer el merecido encomio del mes de diciembre, se requiere revolver, compulsar y citar muchísimos libros, con lo cual me fatigaría yo demasiado y aburriría al público. Quédese, por tanto, este docto trabajo para cuando escriba yo un grueso volumen, que bien puede escribirse, sobre las excelencias del mes de diciembre, y limitémonos ahora en el artículo a meras conjeturas.

Meras conjeturas, digo, al hablar de cosas enrevesadas y hondas; pero como yo sé, y cualquiera sabe tantísimo de lo somero, llano y liso que ocurrió, ocurre o puede ocurrir en diciembre, se me antoja que escribiré de este mes y aun llenaré más páginas de las que se

me piden, sin consultar autor ninguno, sino sacándolo todo del tesorito de mi memoria y de mi pobre fantasía.

Lo que no me decido a traer aquí como alabanza, no vaya a sonar aquí como vituperio, es el que en este mes estén cerradas las velaciones. Yo, profano, me pregunto: ¿Qué motivo hay para que en diciembre no pueda la gente casarse como Dios manda, o dígame con todos los requisitos? Los días que preceden al Nacimiento de nuestro divino Redentor deben ser días de penitencia, y por lo mismo, tal vez sería conveniente que muchos se casasen entonces. No debo tampoco atribuir el que se cierren las velaciones a ninguna consideración astrológica. El que entre el sol en este mes en la casa o signo de una constelación ominosa a los casados, no es razón seria para que en este mes no se velen. No creo que se haga el horóscopo de la velación como el del nacimiento. Y, por último, tampoco quiero presumir que esta prohibición de velaciones tenga un origen gentílico por estar diciembre consagrado a Vesta, quien con Diana y Minerva compone la trinidad de diosas, crudas y hasta duras de cocer, que se resistieron siempre al poder de Venus, conservándose en estado honesto. Por el contrario, está averiguado que los romanos y los griegos, antes de hacerse cristianos, se pasaban todo este mes en multitud de fiestas, que no brillaban por la honestidad, como las *faunales*, en torno de los dioses de las selvas; las *laurentales*, en honor de aquella pastora, Laurencia, a quien, por lo generosa y regocijada, llamaron *Loba*, la cual crió a Rómulo, y las *juvenales*, para celebrar la primera vez que los intonsos mancebitos se afeitaban el bozo.

Prueba esto, según buena filosofía, que desde las edades más remotas los hombres han sido aficionados a divertirse en todos los meses del año, y sobre todos los meses, en el de diciembre. Como el Sol se va inclinando hacia Capricornio, hiriendo más de soslayo nuestro hemisferio, acortando el día, alargando la noche y trayendo frío, nieve y hielo, las gentes que presumen de civilizadas, o que lo son, quieren vencer a la Naturaleza y mostrar que están exentas de su servidumbre, divirtiéndose más en este mes que en los otros.

De aquí que le consagren a Vesta, la más antigua de las divinidades, el fuego del hogar. En torno suyo se reunió y se fundó la familia. Por él empezó todo dulce consorcio humano. ¡Sublime invención fue la del fuego! Y yo doy por seguro que se inventó en diciembre. Egregio personaje y digno de toda alabanza fue el primero que, tiritando de frío, *alalo* o *antropisco*, agitó con mano firme un leño seco contra otro leño seco e hizo brotar la vividora llama. Aquella llama encendió la inspiración en el espíritu y dio ser a las artes. El que la encendió hizo más que todos los sabios modernos. Fue el verdadero Prometeo. Fue el primer sacerdote de Vesta. Luego encomendó a sus hijas que cuidasen del fuego del hogar, y ellas fueron las primitivas vestales. Mucha poesía hay en todo este despertar de la cultura humana. Pero ¡cuánto hemos adelantado después! Pasando por el eslabón y el pedernal, la yesca y la pajueta, hemos llegado hasta el fósforo de cerilla sin humo. Cada cual lleva hoy en su bolsillo a la propia Vesta y a Agni. La vestal puede ya distraerse, descuidarse, irse de bureo y dejar que el fuego se apague sin la menor extorsión.

¿Cómo extrañar que en un principio el fuego, Agni, fuese un dios? «Antes de todos los otros dioses es menester invocar a Agni -dice el *Rig-Veda*-. Pronunciemos su nombre venerando antes que el de los otros mortales. ¡Oh Agni, sea quien sea el dios a quien honramos con nuestro sacrificio, a ti se dirige siempre el holocausto!»

¿Quién no descubre en este texto sagrado el origen y fundamento del utilísimo arte de guisar? ¿Qué significa el dirigirse siempre a Agni con todo sacrificio, sino asar lo que está crudo? La cocina, pues, se inventó también en diciembre, porque hubo de seguir inmediatamente a la invención del fuego. Claro está que en un principio todo era asado;

pero poco a poco se fueron inventando las calderas, los peroles, las sartenes, los pucheros y las ollas y hubo caldo, y hubo fritura, y hubo salsas distintas, y se llegó a los prodigios de *Carême*.

Desde diciembre dichoso en que se inventó el fuego del hogar, este mes es bendito, porque en él se disfruta mejor que nunca de tal fuego. En este punto yo, pese a quien pese, desdeño los caloríferos, las estufas y otras complicadas invenciones, y me atengo a lo antiguo, y ensalzo, sobre todo otro modo de calentarse, el de las patriarcales chimeneas de campana, como las hay en las casas de los lugares. Un monte de leña arde en la piedra del centro. En mi tierra suele ser de olivo o de encina. A veces un puñado de secos sarmientos o de olorosas matas de romero y tomillo aviva la llama. La pasta de orujo la hace más luminosa y refulgente. En torno de la lumbre se sientan, y se agrupan los señores de la casa, laen22 s, tal vez los mismos criados, y hasta los gatos y los perros. La gente se anima con el grato calor. La conversación se hace viva y jocosa. Se refieren mil cuentos y chascarrillos. Y, por último, la vista de las morcillas, longanizas y chorizos, pendientes al humo, que es lo primero con que topan los ojos, si por dicha se elevan al cielo, excita el apetito al más desganado. ¡Cuántas veces no se descuelga improvisadamente alguna de aquellas morcillas, frescas aún en diciembre, y se asa y se come allí sin ceremonia, bebiendo luego un traguito de vino! ¿No es esto mejor que el té, de que tanto se abusa en las tertulias de la corte? Pero si la magnificencia del amo de la casa no se extiende hasta dar cotidianamente morcilla, nunca faltan castañas o bellotas que asar al rescoldo. Todo esto es bucólico o idílico. Cuando pienso en ello, me entran deseos de tocar la zampoña o el caramillo y de componer un flamante *Observatorio rústico* que eclipse al de don Francisco Gregorio de Salas.

¡Ah corte! ¡Ah confusión! ¿Quién te desea? Razón tenía Villegas en entusiasmarse tanto y en sentir ciertos ímpetus y arranques de beber buen vino y de retozar con Lesbia

*al son de las castañas
que saltan en el fuego.*

El fuego del hogar es, en suma, en las noches de diciembre, lo mejor que puede imaginarse. Sólo para un uso me repugna: para calentar la cama con ascuas metidas en una maquinilla de cobre o de hierro. ¿Hay nada más grato ni más sibarítico que calentar con el propio cuerpo, dar unos cuantos tiritones e ir luego entrando en calor? Con el de la cena y el de buen vino de Montilla se logra esto maravillosamente, y más si se comparte entre dos el trabajo, según nos enseñó con su ejemplo el santo rey David, cuando ya estaba muy entrado en años.

Otro gran deleite de diciembre es ir a tomar el sol. Nada más hermoso que el sol de diciembre, en un día sereno, y muchos lo son bajo el cielo de Andalucía. No suelen estar allí los campos cubiertos de nieve como en el Norte, sino frescos, lozanos y alfombrados de blanda hierba menuda, en vez de la seca, blanquecina y polvorosa paja que en verano y otoño los cubre. El follaje de muchos árboles de hoja perenne reverdece y luce más entonces, nutrido y lavado por la reciente lluvia. En los sitios repuestos y resguardados del temporal suelen florecer en pleno diciembre las violetas. Yo las he cogido en dicho mes en las laderas de la Alhambra, detrás de las torres de las Infantas y de la Cautiva, y en otros muchos sitios.

Los campos no están desiertos en este mes, sino animados por no pocas faenas agrícolas. ¿Cuándo se cava mejor una viña que en diciembre? En diciembre está en toda su fuga la molienda de la aceituna. En diciembre se suelen podar los olivos.

Diciembre es también el mes de los cazadores. Los zorzales no han emigrado aún del todo. Nunca mejor que entonces se persiguen los jabalíes de Sierra Morena, los corzos y los ciervos, las nutrias del Guadalquivir y las raposas de la campiña. Entonces hay abundancia de perdices, y no faltan sisonos, avutardas, chochas, ortegas, patos silvestres y otra multitud de aves.

Aunque se me tilde de fanático partidario del mes de diciembre, diré que todo me gusta más en este mes: hasta las vidas de los santos a quienes este mes la Iglesia cede su gloria. ¿Quién más simpático y admirable que San Francisco Javier, Alejandro Magno de la palabra divina, con cuya blandura y mansedumbre conquistó y domó, más gentes y pueblos bárbaros y remotos que el otro macedón con el rigor de la espada? ¿Qué santo de más bríos que San Ambrosio, que impuso penitencia al propio emperador y le echó de la Iglesia? ¿Quién más arriscado que San Francisco, que antes de la conversión quería jugarse los ojos, después de haber jugado y perdido hasta la ropa que llevaba puesta? ¿Quién más útil a la nación española en los siglos heroicos de la Reconquista, que Santo Domingo de Silos? ¿Qué santo más amigo del método experimental, de no fiarse sino al testimonio de los sentidos, como los positivistas de ahora, que Santo Tomás, apóstol, por quien se dijo *ver y creer*? ¿Quién abrió la áspera senda de las heroicidades cristianas, regándola el primero con su sangre, sino San Esteban protomártir? ¿Quién durmió en su vida en el seno del Dios-Hombre, y tuvo por madre a su madre, y, encumbró más alto el vuelo de la inspiración, y reveló más hondos y soberanos misterios que el Águila de Patmos? ¿Quién más valiente defensor de la libertad de la Iglesia que el arzobispo canturiense? ¿Y quién, por último, como San Silvestre, que convirtió a Constantino, hizo que la Iglesia triunfara y tuviera paz, y animó con su espíritu el gran Concilio en que se formó el Credo? Todas éstas son glorias del mes de diciembre. Todo esto se celebra en mi mes.

En diciembre, además, se celebra el más fausto de los acontecimientos para los piadosos españoles: la llegada del cuerpo de Santiago a Galicia. Desde entonces el Santo Apóstol tomó esta tierra por suya, y ya en realidad, ya en la mente devota y guerrera de nuestros generosos antepasados, se apareció en cien y cien batallas, combatiendo al frente de ellos contra los moros, montado en un caballo blanco y contribuyendo a victorias tan estupendas como las de Clavijo y Las Navas.

Por último, en diciembre se celebra la Purísima Concepción de la Virgen María, libre de toda mancha de pecado, como templo y morada que había de ser el Verbo Divino.

Pero ¡qué mucho, si fue en diciembre cuando llegó la plenitud de los tiempos, y Dios, no contento ya con comunicarse a sus criaturas y repartir con ellas sus bienes por naturaleza y por gracia, quiso unirse y se unió en unión personal con el ser humano, cumpliendo todo el plan y propósito del Universo y de la Historia, y llamando a sí con mayor fuerza de amor y ciñendo con más estrecho lazo las cosas todas!

La Nochebuena, la noche en que el mundo y el linaje humano logran tanta ventura, ¿cómo no ha de solemnizarse con toda clase de diversiones y placeres? Cuantas ciudades, villas y aldeas hay en España compiten en esta noche por alabar estrepitosamente el nacimiento de Cristo. La zambomba y el pandero resuenan por todas partes donde hay una vivienda, desde Deva a Calpe y desde Trafalgar hasta Rosas. La mitad de los españoles oye la misa del Gallo, y todo el que tiene que cenar, cena lo más y mejor que puede. Un hambriento en Nochebuena es la antítesis más aflictiva que ha podido soñar el vulgo. No

hay población que no produzca o luzca en Nochebuena sus más famosos artículos gastronómicos: Jijona, su turrón; su mazapán, la imperial Toledo; Córdoba, sus empanadas; Ronda, sus peros; Montalván, sus melones; sus roscos, Loja; Lucena, sus hojaldres; Écija, sus tortas de manteca y sus bizcochos de yema; Morón, sus tortillas de azúcar o polvorones; Adra, su miel de prima; su miel de azahar, Palma del Río, y su miel de tomillo y romero, la Alcarria; Sevilla, sus aceitunas; sus ciruelas, Yelbes; sus higos, Montilla y Málaga; sus dulces bellotas y sus ricos embuchados, Extremadura; Baena, sus alfajores; Doña Mencía, su piñonate; Cabra, sus carnes de manzana y de membrillo; y así por el estilo, cada pueblo su cosa, porque sería cuento de nunca acabar el mentarlas todas aquí.

El comercio trae de tierras extrañas muchos licores y vinos para los caprichosos y opulentos magnates; pero los pobres y desvalidos no se quedan sin beber en tan alegre noche. El aguardiente está barato en España. Los rosolés y las mistelas se hacen con primor en las casas particulares. ¿Y quién, como no esté en la miseria, no tiene, si es cordobés, para vino de los Moriles; si manchego, para Valdepeñas; si gaditano o sevillano, para manzanilla, dulce moscatel o jerez seco; y así discurriendo por todas las comarcas y regiones de la Península?

Lo esencial en la Nochebuena es la sopa de almendra; pero esta sopa, tan esencial como poco sustancial, no sirve a menudo sino de pretexto para cenar más succulentos o gratos manjares. Como suele cenarse después de las doce, se mezclan el pavo y el besugo, platos sin los cuales una cena de Nochebuena perdería todo su carácter.

Madrid, el día de Nochebuena, sobre todo visto por la plaza Mayor y calles adyacentes, es un inmenso emporio, una exposición y un bazar de municiones de boca. Allí viene y se vende cuanto hay de grato a un paladar español y castizo. Trevélez y Galicia envían allí sus jamones; los maragatos traen los mejores peces del mar Cantábrico; y de todas partes acuden pavos lucios, macizos y apetitosos en numerosas pjaras. ¿Qué fruta española, desde el limón hasta la castaña, faltará en la plaza Mayor en aquel día, como haya podido conservarse? La uva de Lanjarón, que parece acabada de vendimiarse, se mira al lado de la batata; la azofaita y el madroño, junto a la peruana chirimoya; y el plátano de Canarias, o la tangerina de Valencia, no lejos del melón invernal.

Los confiteros se esmeran y se afanan para aquel día, o mejor dicho, para aquella noche, e inventan, condimentan y producen un enjambre de turrones, jaleas, confites y bizcochos de diversos gustos y formas.

Desde Lhardy, Fornos, los Dos Cisnes y la Pastelería Suiza, hasta el último bodegonero, todos despliegan en aquel día y en los siguientes una actividad febril, y apenas dan abasto. Se diría que la voracidad humana se eleva a su grado superlativo. Se pensaría que, para remedar groseramente a Dios, que se une a la Humanidad, la Humanidad quiere unirse a la Naturaleza viva y orgánica, engulléndosela toda.

Para tan colosal empresa se requieren muchos gastos. Los recursos ordinarios no suelen bastar. Es menester acudir al empréstito o al aguinaldo. El aguinaldo en Madrid suele darse y recibirse en dinero: en provincias se suele dar y recibir aún en especias.

En edades más católicas que la presente se solía dar a los empleados una paga de Navidad, por donde venía a convertirse el año en año de trece meses. Este benévolo abuso se ha suprimido ya casi del todo. La mal llegada paga de Navidad ha tomado la mezquina condición de un adelanto, si suave y regalado al principio, con dejos amarguísimos más tarde, cuando convierte al frío enero en un mes enorme, infinito, feroz, que dura cuarenta días, semejantes a cuarenta siglos.

Los plácidos o embriagadores recuerdos de la cena de Nochebuena, de los villancicos que se cantaron, de los bailes y de las músicas, y hasta quizá de los amores, pues en Nochebuena suelen nacer muchos enamoramientos, no mitigan en el eterno enero los tormentos y angustias de la inopia.

Pero dejemos a enero y volvamos, para terminar, a nuestro diciembre.

Creo haber demostrado, que es el rey de los meses. Hasta su último día, hasta su última noche tiene mayor solemnidad y convida a más profunda meditación que todas las demás noches y todos los demás días.

El tiempo vuela, pasa, se desvanece, sólo subsiste en la flaca memoria de los hombres o en los documentos y monumentos que nuestra soberbia inventa para dar ser ficticio y vida vana y sofisticada a lo pasado. Y tiene algo de temeroso y de religiosamente grave el paso de un año a otro: el sentir cómo el año muere y se sepulta en la eternidad. Por eso es tan romántica la noche de San Silvestre. Por eso también es tan melancólica.

Sin duda, para alegrarla, se han inventado los estrechos. Así protestamos de que, si el año se va, quedamos nosotros, dispuestos siempre a amar, único consuelo, única razón quizá de la vida. Para la tristeza de que el año ha muerto, es un bálsamo el personificar el año nuevo en una persona querida, con la cual nos une misteriosamente la suerte.

Aconsejo, pues, que al echar los estrechos se corrijan hábilmente los caprichos de la suerte torpe y se procure que todos queden contentos.

Ojalá mi artículo sobre el mes de diciembre consiga con la misma facilidad contentar un poco a los lectores y lectoras.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo